
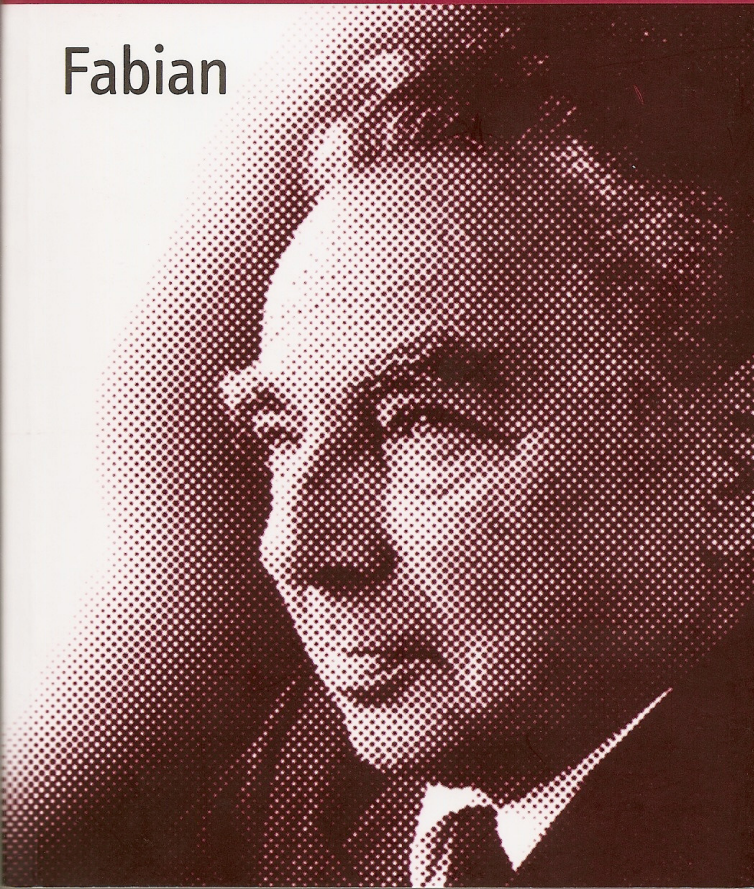


ERICH KÄSTNER

minúscula 

## Fabian



ERICH KÄSTNER, *Fabian: la historia de un moralista*, traducción de Miguel Ángel Vega Cernuda, Minúscula, Barcelona, 2010, 260 pp. ISBN 978-84-95587-59-6.

CHARLES Perrault escribió el cuento de *Pulgarcito* dando vida a unas botas de siete leguas que le permitían a su dueño recorrer grandes distancias con tan solo dar unos pasos. Y ahora, al acabar de leer *Fabian: la historia de un moralista*, rememoro las botas, el ogro y a Pulgarcito y me parece estar corriendo de un tiempo a otro simplemente pasando sus páginas: comienzo a andar junto a Fabian y ya en el prólogo del propio Erich Kästner (fechado en 1950) he dado un paso de veinticinco años desde que se escribió el libro y cuando leo las últimas líneas y alzo la vista me encuentro en el año 2010. Sin embargo, desde la primera línea es como si no me hubiera movido del siglo XXI y por ello alabo el acierto de la editorial Minúscula en la recuperación de este relato, que como nos dice el autor en el prólogo, “quería advertir del precipicio al que se estaba acercando Alemania y, con ella, toda Europa. Pretendía forzar, con los medios adecuados, a escuchar y reflexionar en el último minuto”. Todo ello a través de una sátira en la que todo parte de la realidad y sobre ella se sobreactúa para, con la exageración, advertir del peligro al que nos veremos abocados si no atendemos al que nos precede y al que nos prosigue.

Dicen que esta crisis que estamos viviendo se asemeja a la que aconteció en los años 30 del siglo XX y, como no puede ser de otra manera, toda crisis económica arrastra una crisis humana. *Fabian* es testimonio de ella, deambulando por las calles de Berlín en busca de su identidad y la de sus conciudadanos. Y lo que va encontrando son sus propios desechos mezclados con los del resto de hombres y mujeres que también van “desgastando sus penas con las suelas de sus botas” Vamos caminando de un sitio a otro: de un club para encontrar pareja al café de los amigos, de la solitaria habitación de la casa de huéspedes a un prostíbulo (donde no queda claro quién se prostituye), de la oficina a la universidad. En cada uno de esos lugares vamos dejando nuestra impronta y vamos alimentando nuestro pesar porque las suelas de Fabian, Cornelia o Labude puede que se vayan desgastando, pero sus penas no. Cada acción de la novela conlleva una reacción: una luz conlleva un resplandor, pero un revés nos arrastra al abismo. La esperanza sólo es posible en las cosas insignificantes que no van a acarrear más consecuencias para nuestras vidas que el haber ocurrido y sin embargo este paisaje desolador consigue congregarse al optimismo porque nada tiene fin, ninguna escena queda atrás irremediadamente, excepto como es obvio el acto de morir (“vivir es una casualidad, morir una seguridad”), pero no la muerte en sí, que en esta novela se envuelve en un halo heroico.

En otras novelas de las que he podido disfrutar hay momentos en que el autor parece concedernos un respiro en la trama, contándonos historias paralelas, bagatelas de pequeños personajes. Sin embargo, Erich Kästner no descansa, ni nosotros tampoco porque cualquier detalle es pieza de ese gran puzzle que va construyendo línea a línea: no puede relatarnos que Fabian se sienta en un banco sin advertirnos que el cuidado del banco está a cargo de los ciudadanos, acude a una oficina de desempleo y le llama la atención



la elegancia de los parados, por extraño que parezca en la casa de huéspedes sólo la dueña conoce a los inquilinos: “Las buenas acciones no se pueden anular. La ecuación moral se desarrolla de manera distinta a la aritmética”. Conforme avanzamos en la vida de Fabian lo vamos conociendo y a pesar de su andar cansino sabiéndose tan desgraciado como el momento histórico que le ha tocado vivir, su postura no es indolente, su vida no se agota en el conformismo de verse envuelto y arrastrado sin remedio en un devenir que no ha creado. Es consciente de su papel y en ello radica el optimismo de la novela: “Estamos pereciendo a causa de la pereza de nuestras almas. Queremos que esto cambie, pero nosotros no queremos cambiar” Es una invitación a no quedarse parados y a reconocer que hasta en la más insignificante de nuestras acciones anida el detalle que contribuirá a salvarnos. En ninguno de los personajes de los que se sirve Erich Kästner para contar las virtudes y las miserias humanas la vida pasa en balde. “La vida es una de las ocupaciones más interesantes” y no podemos dejarla pasar sin tomar la decisión de transformarla, intentando mejorarla no por uno mismo sino por el progreso de la humanidad en general. Fabian se sabe acompañado y en ningún momento de la novela sus reflexiones abandonan la omnipresencia del otro. El diálogo entre los hombres es continuo porque del progreso del que me acompaña depende mi propio progreso: “El que quiere tener algo, debe entregar lo que tiene”.

En todo el relato nada me ha resultado más sorprendente que el final que lo cierra, que, como el resto de escenas, tampoco resulta irremediable, porque nos descubre una faceta desconocida del protagonista desde la que podríamos volver a comenzar, desde la que retomamos de nuevo la reflexión que Kästner quería despertar en nosotros: “El que quiere darse a los demás ha de ser un extraño para sí mismo”. No me parece casual que un moralista trabaje como publicista, buscando la mejor manera de contar al mundo las delicias de cualquier producto, ideando el eslogan certero que resuma mejor que ningún otro lo que se quiere vender, acercando a nuestros ojos, a nuestras manos todo lo que nos rodea, haciéndonos caer en la cuenta de muchas cosas que nos pasan desapercibidas. A fin de cuentas Fabian cada mañana trabaja pensando en los demás, para acabar el día buscándose entre ellos.

Ese continuo ir y venir entre el yo y el otro, de manera que únicamente el bienestar de los demás justifique la existencia de los hombres, acaba convirtiéndose en el lema de la novela de Erich Kästner: “Amar la vida y, al mismo tiempo, despreciar a las personas no puede salir bien”. Pero ese objetivo no se obtiene únicamente desde la reflexión, sino que a ésta hemos de añadir la necesaria acción que nos provoque. Cualquier pensamiento que nos aborde no puede tener otro reflejo que el respeto por el otro y el intento de que nuestras acciones estén presididas por la moral dedicada: “El mejor aseo personal era la moral. No bastaba hacer gárgaras con agua oxigenada”.

*José V. Garibo*